

Semblanza de Adolfo Arias

JOSÉ TODOLÍ DUQUE

Mientras leo a Juan Pablo II en *Cruzando el umbral de la esperanza*, concretamente el capítulo 10, «*Dios es amor. Entonces, ¿por qué hay tanto mal?*», suena el teléfono. Es Mercedes, la querida y admirada esposa de Adolfo Arias. Una oleada de recuerdos dolorosos y lejanas nostalgias invaden nuestra conversación. Desea que en el libro homenaje a Adolfo, escriba algo que recuerde nuestra vieja amistad con él y con toda la familia. Porque, efectivamente, Adolfo, además de alumno, además de compañero, ha sido siempre un entrañable amigo.

La pregunta del Papa, que da título al capítulo que yo estaba leyendo, se me hace dramática, de pronto. «*Dios es amor. ¿Porqué hay tanto mal?*». ¿Por qué la muerte de un hombre joven, lleno de vida, con una vida familiar plena, colmado de amor por una esposa ejemplar y unos hijos que lo adoran? ¿Por qué ahora, cuando precisamente y con titánica voluntad llegó a ser lo que el intelectual desea? ¿Por qué ahora, cuando desde su puesto de Vicerrector podía irradiar mejor los valores de su personalidad? ¿Por qué ahora el aparente fracaso de su muerte prematura?

Con el libro del Papa aún entre las manos, recuerdo que también los judíos y hasta los propios discípulos de Emaús juzgaron la muerte de Cristo como un fracaso, cuando realmente era el triunfo de la vida. Sólo Dios podría responder el cúmulo de preguntas que surgen ante la prematura muerte de Adolfo. Por boca de Isafías, El nos dice:

Porque no son mis pensamientos vuestros pensamientos,/ ni mis caminos son vuestros caminos, dice Yavé./ Cuanto son los cielos más altos que la tierra,/ tanto están mis caminos por encima de los vuestros,/ y por encima de los vuestros, mis pensamientos». (Is. 55,8,9).

Es un tema acariciado extremadamente en nuestro tiempo y también en el pensamiento de Adolfo el de la personalidad. Repetidas veces lo abordó en sus conferencias y escritos y, de ahí, sus constantes referencias a Mounier. La Filosofía Cristiana, viéndose obligada a explicar el tema de la Trinidad —unidad en la naturaleza, trinidad en las personas—, desarrolló ampliamente el tema de la persona desde sus comienzos hasta hoy. Pero no es mi intención introducirme por el camino de la Filosofía. Lo que sí me importa es señalar cuáles son de verdad esos valores humanos de que tanto hablamos y de los que Lacordaire decía que constituían lo inmortal del ser personal. Están integrados por los valores de la inteligencia —ciencia y fe— los de la voluntad —autenticidad o fidelidad al deber— y los del sentimiento o moderación. Creo que lo inmortal de Adolfo entre nosotros es la encarnación de esos valores en su propia persona.

En primer lugar fue un hombre de ciencia, de investigación; pero su ciencia en nada condicionó su fe, ni su fe, convertida en la más profunda de sus vivencias, condicionó el esfuerzo en su búsqueda de la verdad. Vivió su ansiedad para llegar a esta verdad como el más libre de los científicos. Vivió su fe como un digno descendiente del Patriarca Abraham, padre de los creyentes. Se hizo realidad en él la experiencia de Bacon de que la poca ciencia conduce al ateísmo, pero la mucha ciencia nos acerca más a Dios.

Del valor de su esfuerzo en la tarea científica son claro exponente sus obras. No vamos a citar sus innumerables artículos, porque no es éste el lugar y, otros compañeros lo harán sobradamente. Quiero, únicamente, citar sus libros que hablan claramente de sus inquietudes filosóficas: *La antropología fenomenológica de M. Merleau-Ponty*, *La radicalidad de la fenomenología husserliana*, *Jean-Paul Sartre y la dialéctica de la cosificación* y *La cultura cristiana y San Agustín*, escrito éste último en colaboración con su amigo, el Decano de la Facultad de Filosofía Prof. Manuel Maceiras y el Prof. Rafael Ramón. Ni siquiera su trabajo como Vicerrector de alumnos impidió que continuara publicando ya que, como dijo el Rector de la Complutense en el homenaje que se tributó al querido Adolfo el 31 de Enero de 1994, «su único exceso era el trabajo, el estudio y el amor a los suyos. Desde que se incorporó, como vicerrector de alumnos al equipo rectoral, dio a la imprenta un libro sobre Sartre y la dialéctica de la cosificación, otro sobre la Cultura cristiana y San Agustín, y uno más sobre las líneas hermenéuticas de la filosofía husserliana».

Otro valor o virtud de la inteligencia es la fe, cuyos conocimientos no nos vienen de Dios a través de la realidad entrañable de las cosas, sino directamente a través de la Revelación. Teniendo las dos —ciencia y fe— el mismo principio, es natural que jamás sean contrarias, sino complementarias y conformes.

En alguna de las sesiones de la Sociedad Internacional de Filosofía Tomista, de la que los dos éramos miembros fundadores, comentábamos el tex-

to de Bacon ya citado, y él, riendo, me decía: «*Yo debo ser un pozo de ciencia, porque jamás mi ciencia me ha puesto en conflictos con mi fe*». Es digno de tener en cuenta el hecho, puesto que Adolfo, no sólo nadaba con facilidad en los mares de la teología, estudiando a San Agustín y Santo Tomás, sino también profundizaba en el pensamiento de Husserl, Merleau-Ponty, Sartre y tantos otros.

Iría más adelante, si no fuera porque un pudor sacro nos impide adentrarnos en el fondo del alma, aun de los más amigos. Pero hay un dato que no quiero olvidar. Cuando las tareas de la Universidad le permitían permanecer en casa, Adolfo se recogía en su despacho para trabajar en sus investigaciones. Pero no estaba solo. Allí, sentada cerca, Mercedes, su esposa, hacía fichas para él o tejía una chaqueta para la niña en un silencio más elocuente que todas las palabras. Pero a veces las cosas no eran así. El leía muy bien, cuenta Mercedes y, en ocasiones, le preguntaba: «¿quieres que te lea algo bonito?» Y, tomando las obras de San Juan de la Cruz, le leía trozos del *Comentario al Cantar de los Cantares* o de la *Llama de amor viva*. Pero no sólo lo leía. Mercedes guarda como un tesoro estos libros con párrafos enteros subrayados por él. Me recordaba este hecho aquél otro, parecido, cuando Dña. Concha, la mujer de Unamuno, se sentaba, en silencio a su lado mientras hacía sus tareas en espera de que, como era habitual, D. Miguel le leyera alguna de las páginas de la obra que estaba escribiendo.

Vida religiosa y vida universitaria fueron siempre acordes en Adolfo. Sus niños hicieron la Primera Comunión en la Facultad y nadie puede olvidar las fiestas que allí celebramos con tal motivo. A lo largo del año, los días de fiesta eran así: por la mañana, todos juntos a la Santa Misa. Luego, todos juntos a tomar un aperitivo y luego, todos juntos a casa. La tarde, cada cual la dedicaba a sus juegos o a sus lecturas. Tan sencilla, tan elevada y tan feliz era la vida de Adolfo Arias.

El segundo valor personal al que hacía referencia Lacordaire es la virtud. De todo el árbol frondoso de las virtudes —hoy se prefiere hablar de «valores morales»— voy a hacer referencia sólo a algunos de los que llaman más la atención: responsabilidad, diligencia, afabilidad. Con el mero hecho de enunciarlas estamos pensando ya en Adolfo. Su gran sentido de la responsabilidad le lleva a dudar de si debe o no aceptar el cargo de vicerrector. Sin duda iba a ir en detrimento de su tarea de investigación y docencia. Venció en él el deseo de servir allí donde la autoridad académica le pedía que sirviera. Su generosidad apoyó esta decisión con el deseo de ayudar y trabajar por un mayor número de personas; el bien común sobre el particular.

Su responsabilidad aceptada, su hombría de bien le exigió diligencia en su gestión que suponía horas sin límite en la Universidad, trabajo de organización, planificación, ayuda... todo lo que —en el día de su funeral— hacía de-

cir al Rector de la Complutense: «¡Qué difícil me ha puesto Adolfo la sustitución! Porque es difícil, de veras, encontrar un hombre más generoso».

Pero la diligencia no es sólo dedicación de tiempo y esfuerzo, sino todo esto hecho con amor por lo que se hace. Y de este amor incansable dan fe los alumnos, los compañeros y todos los que tuvieron y tuvimos la suerte de tratarle. Para todos y a cualquier hora del día tenía esa frescura y alegría del que comienza, que es una cortesía añadida para el que estaba sentado frente a él, fuera quien fuera.

Responsabilidad o sentido del deber, diligencia y afabilidad fueron tres integrantes de su vida profesional.

Pero la vida virtuosa, la valoración moral de la persona no se agotan en el ejercicio de la profesión. Desgraciadamente, no pocas veces, la sociedad no ve en el otro más que el profesional sin pensar que él, como todo ser humano, está condicionado por su circunstancia que, unas veces le ayuda y estimula, y otras hace tedioso el ejercicio de la misma. Hasta es posible que un profesional se estime a sí mismo al respecto, olvidando facetas tan importantes como las de esposo o padre de familia. Nada más lejos de Adolfo. Como la ciencia no fue obstáculo para su fe, tampoco lo fue su vida profesional para su ser esposo o padre de familia.

Se dice que, detrás de un gran hombre, hay siempre una gran mujer y, en el caso de Adolfo, esto se cumplió en plenitud. La frase de Mercedes no deja resquicios: «Es que yo tenía todo con Adolfo y Adolfo lo tenía todo conmigo». Este tener es comunicación total en el sentido de no tener nada oculto para el otro; el no tener nada callado; de compartir totalmente, necesitadamente, lo grande y lo pequeño. En su último viaje a Harvard, sobrevolando Nueva York, la llamó por teléfono: «Mercede, esto es fantástico; quisiera que estuvieras aquí y te prometo que no volveré a hacer, sin tí, ningún viaje».

Los hijos eran su debilidad. Los quería, los querían Adolfo y Mercedes, hombres buenos, inteligentes, honrados y trabajadores. Todo les parecía poco para lograrlo. Sus amigos recordamos cómo, siendo niños que necesitaban asientos especiales para llegar a la máquina de escribir, aprendieron mecanografía para que, cuando llegaran a la Universidad, no tuvieran que escribir sus apuntes con dos dedos, como la mayoría.

Con razón me dice su Decano, amigo, colaborador y colega: «Me duele su pérdida muchísimo. Pero más que la pérdida de un amigo, de un puntal de la Universidad, me duele ver rota una familia unida tan entrañablemente».

El tercero y último de los valores personales es el *carácter*. Lo llamamos también fortaleza y, otras veces, autenticidad. Es, en pocas palabras, la fidelidad a uno mismo.

Este valor personal tiene como una faz doble: presencia de ideales y capacidad de sacrificio para lograrlos o mantenerlos, aun a costa de grandes es-

fuerzos. Es la doble faz que Santo Tomás exige para la virtud de la fortaleza. Sin grandes ideales, profundamente deseados y vividos, no se da la fortaleza. La ausencia de ellos es, precisamente, uno de los grandes males de nuestra sociedad.

No es necesario señalar que no fue, lo último, lo que sucedió para Adolfo Arias. Todo lo escrito hasta aquí no tiene otro significado. Su fe, la familia, la ciencia. Su deseo de un Universidad mejor cada día, de una sociedad más justa y solidaria fueron ideales por los que luchó continuamente y a cuya plenitud aspiraba, trabajando incansablemente. Es natural que todo hombre ame su tierra pequeña, el lugar donde nació dentro de la Patria. Pero no es tan natural que alguien lo demuestre y se enorgullezca como Adolfo de su Orihuela natal. Tanto que el reconocimiento se plasmó en dos privilegios importantes: ser Caballero Cubierto, de entrañable tradición y glosador de la Semana Santa Orioliana. Se puede igualar pero difícilmente superar su conocimiento y amor de Adolfo por su tierra.

Después de pasar revista a esta vida breve pero intensa de Adolfo Arias, me vienen al pensamiento las palabras de Leonardo da Vinci: «Señor, tú nos das los dones, pero nos pides a cambio la fatiga». Los dones que Dios le concedió los hemos visto cuantos hemos compartido su amistad. Eran muchos. La fatiga, que a veces ni su sonrisa lograba borrar, era el incienso que él ofrecía a Dios que le había dado tanto.